

Rolando Álvarez\*

El poeta sugiere,  
el lector construye,  
el poema se eterniza.

Juan Blanco

### Resumen

En este artículo se hace una lectura de la poesía de Margarita Villaseñor desde el contexto originario de la autora y a más de cincuenta años de editado el libro: *Tierra hermana*. Se pretende un acercamiento al concepto de la muerte que reflejan los textos de este libro a través de su estructura y de las posibles influencias de la poesía española.

### Abstract

This paper approaches the poetry of Margarita Villaseñor from her origins and from a distance of fifty years of the first edition of her book: *Tierra hermana*. This study reviews the concept of Death, reflected in the texts of her work, through its poetic structure and, the possible influence of the poetry from Spain.

**Palabras clave/Key words:** poesía, palabra, muerte, vida, soledad / poetry, language, death, life, loneliness.

\* Profesor de la Universidad de Guanajuato.

En 1958, la Universidad de Guanajuato publica el libro de poesía *Tierra hermana y otros poemas*, segundo libro de Margarita Villaseñor, que contiene dos series poéticas: *Como un campo* (24 poemas) y *Tierra hermana* (15 poemas), impresión del 24 de febrero que consta de 400 ejemplares. La edición viene precedida de dos poemarios, publicados por la misma Casa de Estudios en 1954: *Canciones de ausencia* de Luis Rius y *Tiempo de soledad* de José Pascual Buxó. Dos jóvenes poetas españoles que han llegado a esta Institución para sumarse al claustro de profesores en la naciente Escuela de Letras, fundada en 1952 y de la cual Margarita Villaseñor ha egresado. La edad de los tres poetas (Rius, Buxó, Villaseñor) frisaba los 24 años. A más de cinco lustros de este acontecimiento, reabrir las páginas de estos libros nos permite, como desde un intersticio en el muro del tiempo, vislumbrar el primigenio quehacer de una poética que evidencia abreviar del Siglo de Oro y del Siglo de Plata de las letras españolas.

En Guanajuato, por aquellos años 50 del siglo XX, se respira en la Universidad un aire de hispanidad literaria que se desborda a la población. Se ha fundado, en esas fechas, el Teatro Universitario bajo la dirección de Enrique Ruelas, convocando a actores no sólo entre los universitarios sino de diversos sectores sociales que hicieron de una plazuela de la ciudad, San Roque, un escenario natural para la escenificación de tres de los ocho entremeses de Miguel de Cervantes Saavedra: *La guarda cuidadosa*, *El retablo de las maravillas* y *Los habladores*. Una compañía teatral que en espíritu podría asociarse con *La barraca* de Federico García Lorca.

En este marco, la publicación de *Tierra hermana* viene a ser uno más de los elementos que evidenciarán, en esta pequeña y provinciana ciudad de mediados del siglo XX, una cierta inquietud de trabajo literario,<sup>1</sup> también explica de algún modo, que en las dos series poéticas que conforman el libro, se encuentre un espíritu hispano que acusa la presencia, entre líneas, de elementos que recuerdan las voces de Federico García Lorca y de Miguel Hernández. El paradigma de los estudios literarios de la Escuela de Letras de la que ha

<sup>1</sup> En el Guanajuato de los años 50 del siglo pasado, no sólo el teatro y la literatura, sino también la música van a tener una presencia efervescente, se fundó la Orquesta Sinfónica de la Universidad y hay presencia de músicos tan importantes como el pianista y compositor Gerhart Muench o el violinista y director de orquesta Francisco Contreras, entre otros.

egresado Margarita Villaseñor, es el canon de la literatura de España y esto, indudablemente, que influyó en la constitución de su poética temprana, máxime si viene de voces tan autorizadas, aunque también jóvenes, como la fascinante y profundamente conceptuosa de Luis Rius o la erudita de José Pascual Buxó.

Cuando la obra de arte destella, como paloma tornasolada, sus influencias, no es esto un síntoma de inmadurez o de falta de originalidad, particularmente si tales influencias son auténticas y sobre todo ejemplares, es síntoma de conocimiento, de tradición y de evolución, influencia no es, bajo ninguna circunstancia, imitación burda o plagio vil, sino asimilación de un sistema.

*Tierra hermana* ve la luz “avalado” por dos mensajes impresos en las solapas, uno de Rosario Castellanos, en el cual le muestra su condición de compañera artista y el otro de Agustín Basabe Fernández del Valle, en un tono filosófico.

Rosario Castellanos, epistolariamente, le escribe a la jovencísima poeta:

Es bueno no estar solo. Y más que para nadie para el artista. Debe sentirse, en el momento de la creación, sostenido por los otros que luchan como él y cuya victoria será siempre compartida. Debe sentir la solidaridad profunda de esta especie de seres desollados que son los poetas. Y cuando le digo esto ya no sé de quién estoy hablando, si de usted o de mí.

Esa solidaridad, en el caso de Villaseñor, no sólo está en los que de manera inmediata la van a apoyar como la autora de *Al pie de la letra*, sino todos aquellos que en el tiempo y el trabajo le antecedieron y prestan sus hallazgos para su propia creación, es decir, todos aquellos autores que conforman su universo poético estilístico.

Para Agustín Basabe Fernández del Valle, el poeta es no sólo el constructor de una obra literaria sino un modelador del mundo a través de ésta:

Asistir al nacimiento de una nueva voz lírica, es procurarse una emoción de respeto ante una nueva realidad autoral que va a engrandecer nuestro mundo. En rigor cada voz poética es, por única, insustituible e insuperable. Pero ante “el vagido inicial de un estilo que germina”, ante ese “vago sonreír primero de una nueva musa niña”, que ha dicho Ortega, sentimos la inminencia de una peculiar y deleitosa aventura: “en nuestro tórrido desierto una rosa va a abrirse”.

Margarita Villaseñor es, como toda otra auténtica poetisa, una mujer en el tiempo que intenta trascender, por vía intuitiva, su temporalidad, convirtiéndola en creación artística intemporal a través de la palabra”.

De los dos ciclos poéticos que componen el libro, el segundo, *Tierra hermana*, se dedica a la muerte de *Miguel*, ¿quién es Miguel? No lo puedo saber, por el tono de los poemas es posible, me gustaría desde mi ficción de lector, que fuera Miguel Hernández, poeta cabrero de Orihuela, eso me sugiere el poemario, pero seguramente veo lo que quiero ver y no lo que es, eso me insinúa y aquí asumo una fascinación personal. En todo caso es un canto a *la muerte* en su naturaleza universal (cósmica y absoluta), en su condición de certeza única. En poesía los referentes particulares siempre se convierten en un universal, es decir que se trascienden a sí mismos para referir el absoluto al que se deben. *Tierra hermana*, sorprende por la madurez del verso, seriamente musical y profundamente cósmico. Es innegable el paralelo con los poemas de muerte de Miguel Hernández, especialmente si se atiende la arquitecturización del endecasílabo. Escribe la poeta:

Me está golpeando el tiempo suspendido  
en tu aire quebrado de estertores,  
en mi aire empapado de suspiros.  
Se me escapa mi vida con tu vida,  
como sol, como viento, como río.<sup>2</sup>

La muerte nos la presenta como un estado de intemporalidad, estatismo puro, una historia suspendida en un solo hecho, donde el espéculo de contrarios *vida-muerta*, completan el destino del hombre al explorarse por reflejo. Vida de tiempo en correría consigo mismo y muerte de tiempo anclado en la negación que lo confirma. La inmaterialidad de la muerte supera a la materialidad de la vida haciéndose inasible, el estertor bien puede ser una palabra última que sintetice todas las palabras y por inmensa ininteligible. El estertor se dimensiona terrible y absoluto, contrastado con el suspiro, uno es el anuncio de un silencio total, el otro un continuo melódico y viviente, anhelante y relativo. El que vive suspira —¿por la muerte?—,

<sup>2</sup>Margarita Villaseñor, *Tierra hermana y otros poemas*, Guanajuato, Ediciones Llave de la Universidad de Guanajuato, 1958, p. 61. (Todos los fragmentos citados refieren a esta edición.)

el que muere deja todo y todo se lo lleva, deja todo su Ser en una expiración y se lleva la esperanza de la vida y del amor del que se queda, porque el que muere se convierte en un viajante inmóvil, el que se queda agita su mano esperando su propia muerte, de pie, en un desolado andén:

Y mis manos no pueden detenerla,  
que son sueños y voz y son vacío.  
¡Te estoy viendo morir y sólo acierto  
a decirte mi amor en el oído! (61)

Pero el que vive, en el trauma desgarrante de la separación, pierde girones de vida, como piel arrancada por las espinas de la muerte y sólo queda la expectación, impotente, como un estadio, otro, de realidad pendiendo de la nada, donde el cuerpo se pierde y recupera entre el telurismo y la inmaterialidad del polvo que es su causa material:

El tiempo se detuvo, con sus ojos helados  
me contempla.  
Frente a frente los dos  
con la espalda encorvada y las manos abiertas. (63)

-----  
El polvo de tu cuerpo ya dormido. (81)

La muerte, concebida desde este ciclo poético de Margarita Villaseñor, es cuestión de dos. Uno sólo, el que muere sin dejar sus silencios al que vive o el que vive sin construir su palabra en el que muere, no encontraría la muerte, esta, a la que se contempla cara a cara, piel adentro, desde la mismidad que se desprende de la otredad. Tu muerte es mi muerte porque yo la nombro, recuerda la frase de Teresa de Ávila: “Que muero porque no muero”. Y evoca el mito de Orfeo, donde Eurídice, muerta, vive porque Orfeo prolonga su existencia desde su propia vida, Margarita Villaseñor exclama: “Sólo en mí tienes vida” (79). La muerte y la vida son y están, en tanto se contemplan a través de su espejo, que es la palabra poética:

Ya deletreé tu muerte y estás vivo  
en mi tiempo, en mi sangre, en mi paisaje;

con tu abandono y con su vacío  
va temblando mi voz, amado muerto,  
en dos llanos distintos,  
eternidad y horas,  
Inmóvil tú, en cruz los brazos míos,  
hemos seguido juntos, como ayer en las tardes  
–gris y verde, llamarada y río–. (81)

La palabra será en el poema el instrumento que hace posible trascender las fronteras dimensionales entre la vida y la muerte, la poeta vive y canta a su amado muerto y en ese canto el silencio de quien ha muerto adquiere inusitada sonoridad, la dimensión hablante de la vida y la dimensión silente de la muerte son, también, el cuerpo en camino a su esencia de polvo: “Polvo eres y en polvo te convertirás”:

¡Bendito reino el tuyo –polvo y tierra–  
donde la lluvia moja las sienas de mi muerto  
y te cierra la boca un puñado de arena,  
un poco de tu cuerpo! (83-84)

Y entre la amante viva y el amado muerto, se establece una unión simbiótica de cuerpos y una unción de almas. El amado muerto ha alcanzado su estado de perfección desde la que brota vida, la muerte telúrica nos hace regresar a la tierra madre y así, el que ha muerto, se convierte en cimiento de lo vivo, desde su esencia de polvo germinado y se imbebe en el cosmos:

Porque la tierra es madre y regresaste  
a sus brazos morenos.

... ..

¡Qué apacible el regazo de la tierra!  
¡Son de polvo los cuerpos! (69)

-----  
Te florecía un nardo entre los párpados;  
te florecían las manos en sarmientos.  
Germinaba la tierra las raíces  
con que ahondan los muertos.  
Te quedó la sonrisa como un golpe de nieve:  
un pedazo de luna entre la boca. (84)

Ante el estado mortuorio del amado, la amante viva se transforma, incesante, en un sincretismo cósmico que no acaba de fraguar y por ende resulta inquietante y vertiginoso. Entre la visión que tiene de su amante muerto y la conciencia de su transformación, la amante poeta va, como dice a propósito de estos poemas Agustín Basabe, a su propia intemporalidad trascendente desde su inmediatez dolorosa y dolorida:

Me cabe el tiempo en las manos,  
me cabe el campo en la boca  
y no me cabe el dolor entre la sangre.

.....

Se me alargan los brazos, se me anudan  
en torno de la tierra como sogas.

.....

El aliento de las luces y mi aliento que te nombra.  
Se desorbita en mi pecho la noche.  
¡La noche!  
¡Sola! (84)

La muerte tiene estela de soledad, es desolación ella misma y telúrica la muerte, es acogida por la tierra madre. Ésta no abandona al que en soledad llora, para la amante poeta, la tierra es “hermana”, “compañera del mismo dolor”. La tierra acuna al que muere sin ser ella misma muerte, lo acoge por la vida que ha sido y por la vida que es ella misma:

Es la tierra mi hermana,  
hermana de este llanto que no aflora,  
que se vuelve palabras.

.....

Es la tierra mi hermana  
Porque es fértil en amores, en amores nuestros;  
porque encierra tu polvo en las entrañas  
y tiene el color tuyo  
que madura la flor y la manzana. (89)

El ciclo poético termina con una interrogante, Margarita Villaseñor metaforiza la pregunta de todas las preguntas, la que interroga la esencia del hombre que vive y que muere, que es vida y es muerte

ensimismadas y, a la vez, sobrepuestas, armónicas sobre la recta melódica del tiempo:

Son ardientes sus manos:  
tierra seca que ahoga lo que ama.  
Yo la he visto brillar –llanto o rocío–  
mostrándose desnuda a la mañana.  
¿Qué llevarán sus venas? ¿vida o muerte?  
¿Qué llevará mi sangre, tierra hermana? (89)

El poemario revela además de la sensibilidad fina y la agudeza lingüística de Margarita Villaseñor, la consolidación de su oficio. Hay evidencia de métrica y rítmica suficiente para afirmar que el poemario no sólo es una respuesta inmediata y ocurrente a un estado del alma y una visión del mundo, sino también un ejercicio acucioso de geometría poética.

En este trazo geométrico de la palabra en el verso es que Margarita Villaseñor nos lleva a contemplar desde el misterio del amor el misterio de la muerte. Y así como Heidegger, en su *Origen de la obra de arte*, no se compromete sino a mostrar el misterio y no a resolverlo, la poesía no sólo no se compromete a resolverlo sino por el contrario a mantenerlo eterno a través de su iluminación. El misterio de la muerte, develado, dejaría de ser poético y ante eso toda la poesía con sus metros, sus rimas y metáforas, con sus figuras e imágenes, resultaría absurda e impotente.

Es el misterio lo que urge a la enunciación poética, el misterio auténtico es cerrado y esférico, no acepta definición y la única manera de acercarse es a través de la imaginación, de la metáfora que, como dijo Lorca, es “hija directa” de ella. La poesía no está comprometida con la verdad sino con la belleza de la palabra que ilumina para mostrar, no devela resolutoriamente el misterio. Margarita Villaseñor, –“musa niña” entonces, como la ha llamado Agustín Basabe, citando a Ortega–, en este sentido se inscribe con su trabajo en lo que el propio Lorca ha explicado como misión del poeta y que en el texto de Basabe ya se anticipó: “La misión del poeta es esta: animar, en su exacto sentido: dar alma... Pero no me preguntéis por lo verdadero y lo falso, porque la ‘verdad poética’ es una expresión que cambia al mudar su enunciado”.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Federico García Lorca, *Obras Completas*, vol. I, España, Aguilar, 1975, p. 1034.



Margarita Villaseñor, además de su trabajo poético, dirigió la imprenta y editorial de la Universidad de Guanajuato (1969-1972), publicando libros de autores altamente significativos para las letras mexicanas como: José Gorostiza, Eduardo Lizalde y Tomás Segovia.

*Tierra hermana*, es la carta de presentación de un quehacer poético que a más de cincuenta años de su publicación, ve confirmado su augurio, Margarita Villaseñor es, entre las voces poéticas de México en el siglo XX, una de las imprescindibles.